

Salmeron, asistente del vicario general y el profeso mas antiguo, proclamó el decreto de eleccion, que estaba concebido en estos términos:

«Habiéndose juntado y estando completa la congregacion, después de haberse contado exactamente el número de los votos, como el R. P. Francisco de Borja se encuentra nombrado y elegido por mas de la mitad de los votantes; yo, Alfonso Salmeron, por la autoridad de la Silla apostólica y de toda la Compañía, elijo y escojo al ya dicho P. Francisco por superior general de la Compañía de Jesús, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

«Dado en Roma, en la casa de la Compañía de Jesús el segundo dia de julio del año 1565.

«En nombre de todos he firmado: *Alfonso Salmeron.*

«*Juan Polanco*, secretario de la Compañía de Jesús.»

Con las facciones alteradas y los ojos llenos de lágrimas, Borja oyó leer este decreto que era para él como una condena; de tal modo estaba trastornada su imaginacion, que no encontró palabras para protestar. Algunas horas después, en el momento en que los profesos iban al palacio pontifical, para anunciar á Pio IV la eleccion que habian hecho, el nuevo General exclamó: «Siempre habia deseado la muerte de la cruz, pero nunca habia esperada una cruz tan pesada como esta.»

Cuando los profesos estuvieron en presencia del Papa: «No podiais haber hecho en vuestra congregacion, les dijo el Santo Padre, cosa mas útil para el bien comun de la Iglesia, mas ventajosa para vuestro Instituto, y mas agradable á la Silla apostólica. Por los efectos os mostraré en todas las circunstancias que tenga para serviros y protegeros, cuán agradecido estoy á tan digna eleccion.»

La aprobacion altamente manifestada por Pio IV fue un estímulo para Borja; sus hermanos en religion, el Papa y la corte romana le lanzaban en la vida activa; le obligaban á abandonar el santo ocio, de la contemplacion, y desde este dia supo mandar y gobernar por obediencia.

El catolicismo se asociaba á las felicitaciones del Pontífice. El

cardenal de Ausburgo hizo cantar en su diócesis el *Te Deum*, para dar gracias al cielo por esta eleccion. Los reyes y los príncipes tomaron parte en la alegría comun, y el cardenal Estanislao Osio, obispo de Warmia, escribió al nuevo General:

«Doy gracias á Dios que ha provisto á las necesidades, no solo de esta santa Compañía, sino de la Iglesia universal, con la eleccion de un hombre tan elevado por la integridad de su vida, su gravedad y prudencia; y de un hombre cuya solicitud y diligencia puede proveer á todas las iglesias, velando porque no carezcan de ministros de la divina palabra, distinguidos entre todos por la santidad de su vida no menos que por su sabiduría. Y como mi diócesis parece tener de ellos una necesidad mas urgente que todas las demás, tengo un deber mayor en dirigir mis felicitaciones á vuestra reverencia, y en felicitarme á mi mismo; porque confio en que, con sus cuidados, ni á las otras iglesias ni á la mia faltarán trabajadores fieles para cultivar la viña del Señor.»

Araoz, Palmio, Mercurian y Miron fueron declarados asistentes de España, de Italia, Francia, Alemania, Portugal y el Brasil. Polanco, secretario general de la Compañía y administrador en tiempo de Laynez, continuó en estos dos empleos.

La congregacion habia hecho veinte y siete decretos antes del 2 de julio: cuando fue nombrado el General continuó su trabajo é hizo noventa y tres. Los mas notables son los siguientes: Por el 9.º se mandó establecer en cada provincia y tan pronto como se pudiera, en lugar conveniente, un seminario de la Compañía. Se pondrán en él profesores y obreros evangélicos para el conocimiento de las letras humanas, de la filosofia y de la teología.

La enseñanza de la juventud era uno de los principales objetos del Instituto; pero tenian los Padres una idea demasiado exacta de su mision para precipitar en esta carrera difícil á maestros inexpertos. Se resolvió, pues, que subiesen por grados y de un modo propio para desempeñar dignamente un cargo, cuya grandeza comprendian los Jesuitas mejor que nadie.

El 8.º empezaba á regularizar estas sabias precauciones. Todas las ciudades, todos los reinos de Europa se mostraban celosos por poseer una casa de la Orden; la precipitacion y el deseo de extender el Instituto podian acarrear graves inconvenientes. Borja y la congregacion se aplicaron á limitar esta extension, recomen-

dando en el decreto 8.º la moderacion y la reserva para la recepcion de los colegios: decidiéndose como principio, que era mas útil ocuparse en fortificar y perfeccionar las casas ya establecidas, que no crear otras nuevas.

El decreto 62.º obligaba al General á velar, porque los predicadores y confesores de la Sociedad estuviesen mas que suficientemente instruidos: para este efecto se les debian comunicar instrucciones particulares.

Por el 73.º el General es nombrado superior de la casa profesa de Roma; pero para no emplear todo el tiempo en los cuidados del gobierno interior se le añadieron un procurador y otros ministros. Además se promulgaron algunos otros decretos relativos á la pobreza, todos para hacerla mas estrecha. El 3.º tiende á que la Compañía haga renuncia formal de la autorizacion, concedida por el concilio de Trento, merced á la cual todas las Órdenes religiosas, á excepcion de los Capuchinos y Menores observantes, podian poseer bienes raíces en comun; mas los profesos que constituian la Sociedad de Jesús abandonaron este privilegio.

Todavía no habia terminado sus sesiones la congregacion, cuando se supo en Roma que Soliman, á la cabeza de un ejército turco, estaba sitiando á la isla de Malta. El baluarte de la cristiandad en el Mediterráneo iba á ser arrebatado por los musulmanes; porque solo estaba defendido por el valor de sus caballeros. Entonces Felipe II de España y Pio IV, se apresuraron á enviar fuerzas navales en su socorro.

Un nuevo peligro amenazaba á la Iglesia: la congregacion ofrece al instante seis Jesuitas al soberano Pontífice, que sean en la flota los predicadores de la cruzada, y en el combate los médicos y asistentes de los heridos. Los PP. Domenech, Fernando, Suarez, Gurrea, Vidal é Hiparco se hicieron á la vela, revestidos con plenos poderes de la Santa Sede; pero el valor de los caballeros y la heroica resistencia de La Valette, su Gran maestre, hicieron inútil la intervencion de los españoles y de los Jesuitas, haciendo levantar á los turcos el sitio de Malta.

La congregacion se disolvió el 3 de setiembre de 1565. En el momento de quedar solo Francisco de Borja al frente de la Compañía, dirigió á los profesos esta alocucion en forma de despedida:

«Padres míos, les dijo, os suplico y os conjuro á que obreis

«conmigo como acostumbran á hacerlo con las acémilas los que
«las cargan, que no se contentan con ponerles la carga sobre sus
«espaldas, sino que tienen un gran cuidado en hacerlas llegar al
«sitio que se proponen. Si las ven tropezar, las aligeran la car-
«ga; si las ven andar despacio, las estimulan; si las ven caer,
«las levantan; si, en fin, las ven demasiado cargadas, las des-
«cargan. Yo soy vuestra acémila, y vosotros habeis puesto la car-
«ga sobre mis espaldas; tratadme al menos como á una bestia,
«para que pueda decir con el Profeta: *Jumentum sum apud vos, et*
«*ego semper vobiscum*. Aliviadme, pues, con vuestras súplicas, vos-
«otros que estais llamados á participar la solicitud del gobierno
«de la Compañía; aligeradme si marchó demasiado lentamente,
«excitándome con vuestros ejemplos y advertencias: si no puedo
«con el peso, descargadme. En fin, mis carísimos Padres, si que-
«reis aliviar mi carga, que yo vea que todos no teneis mas que
«un sentimiento, una opinion y un parecer; no tengais mas que
«un corazon y un alma; socorred los unos á los otros, para que
«yo pueda socorreros. Haced que yo esté siempre alegre, y vos-
«otros tambien lo estaréis, y nadie podrá entristecernos. Pero pa-
«ra que esta exhortacion que os hago permanezca firme en vues-
«tros corazones, para que siempre os acordeis de mí y de las
«palabras que os he dirigido, y para manifestaros el amor que os
«consagro, voy á besaros humildemente los piés, rogando al Se-
«ñor nuestro Dios, que haga tan ligeros estos piés como los del
«ciervo para marchar por sus santos caminos; de modo, que des-
«pués de haber andado por la tierra anunciando la divina pala-
«bra y estableciendo la paz, después de haber vencido al mundo,
«vayamos á gozar del eterno reposo, y sin miedo de perderle
«nunca.»

Á estas palabras se prosternó el General y besó los piés á todos: los Padres á su vez se echan á los piés de Borja conmovidos con este espectáculo: y después con las lágrimas y los abrazos de la caridad se separaron para continuar sus trabajos.

La Sociedad de Jesús poseia entonces ciento treinta casas repartidas en diez y ocho provincias, y ascendian los Padres al número de tres mil quinientos.

Borja tenia que proveer varios destinos de gobierno; dejar á los provinciales en sus funciones, ó escoger otros nuevos. En cumplimiento de este encargo, visitó los colegios de Roma, socorrió

las necesidades de unos, vigiló los estudios de los otros, se ocupó de la felicidad de todos, y con el concurso de Juana, duquesa de Aragon, madre de Marco Antonio Colonna, empezó los cimientos del noviciado de San Andrés. Apenas se formó este establecimiento, solicitaron ser admitidos en el noviciado de la Compañía, Estanislao de Kostka, el prelado romano Claudio Aquaviva, de una de las mas ilustres familias de Nápoles, su sobrino Rodolfo, hijo del duque de Atri, y un gran número de jóvenes distinguidos por su mérito y su cuna.

Las montañas de la Calabria encerraban en sus profundidades un veneno de herejía valdense que la bárbara aspereza de los habitantes no permitia extirpar. Los esfuerzos de muchos enviados de la Santa Sede se habian malogrado en esta mision, cuando Borja hizo marchar á Cristóbal Rodriguez á estas montañas. La paciencia del Jesuita triunfó de la obstinacion de los calabreses; pero al mismo tiempo (el 9 de diciembre de 1565) el papa Pio IV espiraba en los brazos del cardenal san Carlos Borromeo, y san Felipe Neri. El 7 de enero de 1566, el dominico Ghisleri, mas conocido bajo el título del cardenal Alexandrini, le sucedió en la cátedra de san Pedro. Nacido de padres pobres, cerca de la ciudad de Alejandria, que mas tarde se honró con darle su nombre, Ghisleri, cuando apenas contaba catorce años, entró en la Orden de Predicadores. El brillo de su talento, la austeridad de sus costumbres y la severidad que desplegó contra los abusos introducidos en el clero le elevaron al cardenalato; y un dia, en fin, este religioso sin padres y sin fortuna, fue llamado por el conclave, para sentarse en el trono electivo de donde acababan de bajar los Médicis y los Farnesios; así comprendia y aplicaba la Iglesia el principio de igualdad.

El nuevo Pontífice era un hombre que poseia en el mas alto grado la energía del bien, y que no podia amoldar sus convicciones al yugo de las consideraciones humanas. Pio V habia abrazado el instituto de santo Domingo, y por una propension natural al corazon humano, parecia regular prever que seria poco favorable á la Orden religiosa que el mundo tenia por rival de los Dominicos. El encono con que Melchor Cano persiguió á la Sociedad de Jesús no se habia olvidado; y los malvados, ó mas bien los sabios segun el mundo, se alegraban con la idea de ver al Papa dar crédito á los discursos de su antiguo hermano de hábito.

Pero en los espíritus rectos, en los corazones que se apasionan por la verdad, bien puede existir una emulacion generosa; pero son incapaces de sentir aquellas mezquinas antipatias que sacrifican á los intereses del momento todas las esperanzas del porvenir. El dominico Ghisleri, como todos los jefes de los Predicadores, habia saludado á la Compañía de Jesús en su aurora, y la habia acogido como á una hermana. El cardenal Alexandrini era amigo de la mayor parte de los Jesuitas, y particularmente de Francisco de Borja, por lo que no se dejó caer en las redes que celosas ambiciones tendian á su fervor de dominico; se esparció la voz de que el Papa iba á destruir el instituto de Jesús, establecido y protegido, segun se decia, por sus dos predecesores, con detrimento de los otros institutos. Entonces conoció Pio V que debia protestar con su conducta contra tan perversas insinuaciones, y lo hizo con aquella franqueza que caracterizaba á todos sus actos. En el momento en que se dirigia procesionalmente, rodeado de la pompa de la corte romana, á la basilica de san Juan de Letran, para proceder, segun costumbre, á la toma de posesion del pontificado supremo, se detuvo el Papa enfrente de la casa profesa del Gesu, violando el uso, que en Roma tiene mas fuerza que la misma ley; pero Pio V comprendió que era preciso acallar las aventuradas suposiciones.

Se habia pretendido que el Santo Padre seria hostil á los Jesuitas; y él quiere darles una prueba de su estimacion. Llamaron á Francisco de Borja, se acerca al trono portátil en que está sentado el nuevo soberano; Pio V le abraza con efusion, y le habla por largo tiempo y en alta voz de los servicios prestados al catolicismo por los discipulos de Loyola; los anima para que perseveren, y en seguida se marcha dejando á toda su corte y aun á los Jesuitas estupefactos con esta desacostumbrada demostracion.

El Papa no era hombre que se detenia estando en tan buen camino: miembro del sacro Colegio y gran inquisidor, habia podido estudiar á fondo las causas de la corrupcion que trabajaban al clero y al pueblo, y se habia propuesto destruirlas. Para conseguirlo, le pareció lo mejor pedir al general de los Jesuitas un predicador, el cual con la autoridad de su virtud trazase á los Papas y á los Cardenales las obligaciones impuestas por la púrpura y el supremo poder pontifical. Salmeron fue el primero que

llenó este encargo, después le sucedió Toledo: el consistorio tenía por orador á un Jesuita, y Pio V deseó que otros Padres predicasen á los oficiales de su palacio, y á sus guardias nobles la reforma de sus costumbres.

Paulo IV habia nombrado á Laynez para que introdujese la regularidad y el orden en las oficinas de la Dataría, y Pio V mandó que la Compañía pusiese la última mano á la obra comenzada. Otros Jesuitas tradujeron á todas las lenguas vulgares el Catecismo del concilio de Trento para la instruccion de los sacerdotes. Manuel Sa y Pedro Para corrigieron á su vista la edicion de la Biblia, de que se han ocupado tantos doctos personajes. La vigilancia del Papa se extendia mas léjos: acababa de proveer á los cuidados de las clases elevadas, pero en medio de su celo apostólico le faltaba cumplir un deber mas sagrado: tenia que propagar las luces y los consuelos de Dios entre los pobres, y para llenar esta mision escogió á los Jesuitas.

En 1566, primero de su exaltacion al trono pontificio, afligió á Roma una enfermedad contagiosa de una naturaleza extraordinaria. Las personas heridas por la peste caian en una languidez mortal, que se comunicaba rápidamente á todos los habitantes de la casa. La muerte era momentánea; muerte terrible, porque arrancaba de los brazos de la vida, para llevar sin transicion al tribunal de Dios. Como siempre suele suceder en esta clase de pestes, el pueblo, siempre indigente, siempre desprevenido, se veia abandonado á la miseria y abatimiento, que este mal propagaba á cada instante, sin recibir socorros humanos, y sin poder siquiera contar con los de la Religion.

Para precaver y conjurar semejantes desgracias, Borja y sus compañeros no esperaron las órdenes del Papa. La humanidad les indica lo que debèn hacer, y ellos lo ejecutan: habian adivinado el pensamiento de Pio V, y este acudió en su favor á sancionar lo que habian hecho. Pio V les mandó que hiciesen todavía mas, y que por todas partes practicasen la caridad. Los Jesuitas, con Borja al frente, se reparten los diferentes cuarteles de la ciudad; penetran en las mas pobres chozas, consuelan y bendicen á los moribundos; enseñan á los sanos á no desfallecer, y manifiestan á los ricos, que en semejantes ocasiones era cuando debian gastar sus tesoros en buenas obras.

La Sociedad de Jesús luchó con tanta dicha contra el contagio,

y se sacrificó con tanto celo por atacarle, que el soberano Pontífice resolvió recompensarlos segun sus méritos ó mas bien segun sus deseos; prometiendo á Borja que él siempre se valdria de los Padres, cuando la ciudad eterna fuese presa de semejantes desastres.

Al mismo tiempo el infatigable Pontífice escogió cuatro obispos para visitar las diócesis del patrimonio de la Iglesia; á estos prelados famosos por su saber y su virtud añadió algunos Jesuitas, para hacerles mas fácil el trabajo que les imponia.

Testigos de las maravillas ejecutadas en la Romanía por estos visitadores apostólicos, los demás obispos de Italia suplicaron al Papa, que les enviase Padres de la Compañía de Jesús; Borja designó á los que debian ser investidos con estas funciones, y marcharon, viéndose bendecidos á su paso por todos los moradores de las ciudades.

No habia aun sacerdotes dedicados especialmente al alivio de las tropas de mar y tierra. Algunos eclesiásticos, voluntarios, por decirlo así, religiosos en su mayor parte, seguian á las expediciones militares, y se esforzaban en hacer que el valor de los soldados fuese cristiano. El Papa y el General regularizaron este pensamiento, y la Santa Sede designó á los Jesuitas para hacerle prosperar.

Salmeron, provincial de Nápoles, descansaba de sus trabajos pasados, de sus legacias en los Países Bajos y en Polonia, con la declaracion de guerra al protestantismo, y la composicion de aquellas obras que han hecho á este discípulo de Loyola uno de los escritores mas distinguidos de su siglo. Mas en este reino, tan cerca de Roma y que entonces estaba bajo el dominio de los españoles, no se atrevia á penetrar á cara descubierta el protestantismo, sino que se infiltraba por via de insinuacion. Salmeron presintió los progresos que iba á hacer la herejía por medio de estas vias tortuosas, y las paralizó arrancándolas la máscara, y «la ciudad de Nápoles, dice el cronista de Oultreman, le agradeció «el haber descubierto las zorras de los herejes que con finura se «habian deslizado en aquel reino, en donde empezaban á hacer de «las suyas.»

Bobadilla visitó las diócesis de Italia, desde allí pasó á Valtelina, y en seguida á Dalmacia, donde se hallaban en grave compromiso los intereses de la fe. La edad y las fatigas no le habian

hecho perder nada de su primera energía; era, con Salmeron y Rodriguez, el último de los diez compañeros de Ignacio: este título de honor le imponía hacia la Compañía deberes que él se esforzaba por cumplir como en los bellos días de su madurez.

Tantas vigiliias consagradas á la administracion no satisfacian el ardor de Francisco de Borja. Ignacio de Loyola y Laynez habian estado siempre en directa correspondencia con todos los reyes de Europa; y como casi todos estos príncipes estaban enlazados con la familia de Francisco de Borja, esto fue un doble título para que le consultasen en los asuntos religiosos, y aun en sus intereses políticos: y el antiguo duque de Gandía, tan separado de las cosas de la tierra, encontraba sin cesar en su pecho una nueva solicitud para proveer á nuevas necesidades. Á unos recomendaba la gloria de Dios; á otros hablaba de las obligaciones que consigo lleva el gobierno de los pueblos; á todos daba avisos acomodados á la naturaleza de su poder ó de su carácter. Los monarcas le escribían de su propio puño; Borja tenia que contestarles de la misma manera. Solamente esta vasta correspondencia hubiera bastado para ocupar la cabeza del hombre mas aplicado al trabajo; pero para este, lleno de enfermedades, servia únicamente de distraccion. Al recorrer todas estas cartas, escritas de corrida por la pluma de un moribundo, y con todo tan llenas del conocimiento del corazón humano, se empieza á conocer que no hay nada imposible para el que quiere hacerlo. Estas correspondencias tan multiplicadas y varias no separaban al P. Francisco de sus funciones: tenia arregladas sus horas de oracion y de vigilancia de la Compañía, y las empleaba como debia; pero para satisfacer mas completamente sus asuntos, el enfermo se privaba del sueño. Sin inquietarse por el estado de su salud, cumplía con una maravillosa exactitud todas las ocupaciones que su celo habia aceptado.

En 1567, Pio V, cediendo á antiguas prevenciones y tal vez por respeto á la memoria de Paulo IV, su protector y amigo, renovó á los Jesuitas la demanda de este Papa; quiso suprimir el reglamento que les dispensaba de los oficios del coro, y el voto con que se ligaban al Instituto sin reprocidad. En aquel tiempo se reunió una comision de cardenales para tratar de la reforma de las Órdenes monásticas: los Jesuitas presentaron una memoria á la comision; esta memoria, verdadero tratado de política sacer-

dotal, encierra consideraciones tan nuevas sobre la oracion y el trabajo, que la hemos traducido toda entera, tal como se encuentra en los archivos del Vaticano.

«ILUSTRÍSIMOS Y REVERENDÍSIMOS SEÑORES:

«Ya que el Santo Padre, cuya prudencia y profunda sabiduría no se pueden poner en duda, nos ha mandado hablar con libertad y franqueza sobre dos puntos de nuestro Instituto, hemos creído deber proponerlo á vuestro exámen, dispuestos de todos modos á obedecer antes que á disputar. Primeramente nos parece esencial averiguar, cuando se trata de modificar las leyes, si existe ó no un motivo suficiente para hacerlo. Es preciso que la ley sea cierta, constante, y tan eterna como sea posible en medio de las vicisitudes de este mundo; porque si se cambia fácilmente, aun la parte de ella que no necesitaba alteracion; cae tambien, lo cual origina poco á poco, pero inevitablemente, una revolucion completa en los negocios públicos. Por eso han pensado los sabios legisladores que mejor es tolerar un solo mal, aun cuando exista, que poner en peligro toda la constitucion por el cambio de una sola ley. Esta observacion es todavia mas importante cuando se trata de las leyes que sirven para el arreglo de las Órdenes religiosas, confirmadas por la Silla apostólica; por temor de que las Órdenes religiosas y la autoridad de los soberanos Pontífices, que debe ser inviolable, no llegue á perder, al menos en el espíritu de los ignorantes, alguna parte de la veneracion que les es debida.

«Nuestra Compañía, confirmada por la autoridad de la Silla apostólica, bajo los pontificados de Paulo III y de Julio III, ha sido recientemente aprobada por el concilio de Trento, después de haberla estudiado con cuidado, y penetrado en el espíritu de su Instituto los Pontífices y los Padres del Santo Sínodo. Seguramente no se les puede acusar de haber obrado con descuido, ó á la ligera; de donde se sigue que el querer trastornar alguna parte de nuestras leyes, ofende al mismo tiempo á los legítimos decretos de los soberanos Pontífices y á la autoridad del Concilio; lo cual no se puede hacer sin grande riesgo, á menos de haber cambiado enteramente el estado de las cosas, ó que el uso, que es el único reformador de las leyes, haya manifestado, después